



Perla Petrich, editora

Identités: Positionnements des groupes indiens en Amérique Latine,

Les Cahiers ALHIM, Amérique Latine Histoire et Mémoire, 2004, Université Paris 8.

Texto completo disponible en: <http://alhim.revues.org/sommaire351.html> (artículos en español y francés)

Este libro recoge quince artículos sobre la cuestión indígena en América Latina, recopilados y presentados por Perla Petrich de la Universidad de Paris 8. Los artículos abordan el tema de las identidades tanto del Área Andina como de Centroamérica y el Cono Sur. Dadas las limitaciones de espacio, me limitaré a comentar únicamente tres artículos que se refieren a la construcción de la identidad étnica. Estos son: “El giro histórico de la cuestión indígena en América Latina” de Yvon Le Bot, “Indios, quechuas o campesinos? A propósito de las comunidades quechuhablantes de los Andes sur peruanos” de Valérie Robin y “El mundo al revés: sobre ladinos que quieren ser mayas en Guatemala”

de Julián López García. Por supuesto, es una pequeña muestra de la diversidad de enfoques que tiene el libro y de la riqueza del análisis sobre la identidad indígena (desde el territorio, la cultura, la lengua y la historia).

A pesar de la diferencia de temáticas abordadas, los autores plantean como punto de entrada la importancia de los movimientos indígenas en su proceso de transformación en movimientos sociales, sin abandonar los proyectos culturales. La mayoría de los movimientos indígenas se hacen visibles en la escena política nacional en las dos últimas décadas del siglo XX y parten de reivindicaciones sociales para poco a poco ir asumiendo las étnico-culturales. Ivon Le Bot señala que este paso a la política no siempre ha sido exitoso para los movimientos indígenas (por ejemplo, el caso de la crisis del katarismo boliviano) y que tampoco hay que dejarse llevar por cierta especie de “ilusionismo democrático” por el cual lo que plantean los líderes e intelectuales indígenas es lo que piensan y quieren las bases. Es más, nos advierte de los peligros de los planteamientos radicales de ciertos intelectuales indianistas que “se aíslan en un discurso antioccidental etéreo y delirante” (p.29), al igual que el comportamiento de ciertas elites indígenas educadas que “acapan el poder local y se transforman en nuevos caciques” (p.31).

No obstante estas limitaciones, el autor acepta que la acción política de los movimientos indígenas es democrática en tanto busca construir una sociedad civil en donde se recojan las demandas sociales, étnicas y culturales en una alianza con otros sectores sociales y no en la ruptura o bloqueo de la sociedad nacional. Entre líneas, el autor señala que la consolidación de los derechos étnicos y culturales no puede realizarse en un contexto de aislamiento social, sino en uno de alianzas con otros sectores sociales no indios; la identidad indígena debería ser parte de la identidad nacional.

En el caso del Perú, el abordaje de la cuestión indígena siempre ha sido problemático. Al introducir la definición homogenizante de “campesino” para el productor rural sea indio o no, se ha producido una identificación diferente de lo étnico que no necesariamente pasa por la dimensión indígena. Valérie Robin hace un análisis histórico de la emergencia del término “campesino” y el abandono del término “indígena”. La importancia de la reforma agraria impulsada por Velasco Alvarado a fines de la década del 60 y la substitución de la comunidad indígena por la comunidad campesina, respondería a una demanda ciudadana de los indígenas para eliminar la discriminación social que existía bajo el régimen de hacienda. “Este apelativo de campesino parece cerrar la época donde los términos indígena o indio señalaban una relación de subordinación frente a los miembros de la oligarquía latifundista y marcaban su exclusión de la sociedad nacional” (p. 39). En el imaginario de los indios peruanos, el término indio es un término degradante, por ello prefieren el de campesino, que en cambio es degradante para los actuales propietarios de haciendas modernas.

La identidad india, según Robin, no se concentra en el uso del quechua o del idioma nativo, pues en los Andes del sur casi toda la población urbana y rural conoce y utiliza este idioma. En realidad, señala este autor, el quechua señala específicamente una lengua que no es base para plantear la existencia de una etnia quechua. A pesar de los intentos de las elites urbanas por reivindicar la existencia de una Nación Quechua, “esta referencia exógena no tiene sentido para la población interesada y solo las personas exteriores a la comunidad campesina aparecen eventualmente como los portadores de una tal identidad quechua” (p.41). Afirmación que no deja de sorprender sobre todo en un contexto como el ecuatoriano, en donde muy fácilmente se ha pasado sin mayor discusión del idioma a la identidad étnica.

Robin termina señalando muy acertadamente que es en la comunidad en donde se estaría fraguando los rasgos más importantes de la identidad: el territorio comunitario, la memoria social sobre el territorio, los sitios arqueológicos, la importancia simbólica, las fiestas, etc. La identidad no es una cosa dada, cosificada, sino que es el fruto de “producciones históricas complejas y en perpetua evolución” (p.43).

Las identidades étnicas no siempre se recrean en el contexto de comunidades cerradas y reacias al cambio. El interesante estudio sobre los indios mayas de Guatemala, parece señalar nuevas pistas de interpretación. El gusto por la apertura y el cambio parece ser la explicación de modelos familiares inestables, alta movilidad espacial, alta volatilidad política e inestabilidad religiosa. López García plantea que incluso la identidad étnica podría ser un lastre más que un beneficio para los mayas “ch’ortis” de Guatemala a quienes les gusta siempre “andar probando” en casi todos los ámbitos de la vida familiar y comunal. Esta actitud existencial de los mayas les lleva a experimentar incluso su transformación en ladinos, sin perder su propia identidad. El autor señala con mucha certeza que habría que considerar “la identidad no en términos esenciales sino relacionales, no en términos absolutamente férreos sino como una realidad absolutamente dinámica: sometida no sólo a reconstrucciones parciales y continuas debidas a procesos históricos sino también a negociaciones y reinventiones protagonizadas por pequeños grupos e incluso por individuos” (p 161-162).

López García se encontró en su trabajo de campo con un campesino ladino que le preguntó “¿Qué tenemos que hacer para ser mayas?”. Pregunta que implicaba no sólo el hecho de que los mayas habían adquirido un mayor reconocimiento social y político sino el hecho de que ser ladino pobre significaba estar en lo más bajo de la escala social. Como

lo puntualiza muy bien el autor: “el campesino ladino de los Vados adivina que por el camino que van las cosas ellos, los ladinos pobres podrían ser los únicos indios de Guatemala. Y por el camino que van las cosas ellos prefieren ser mayas antes que ladinos-indios” (p.162).

En fin, un libro sugerente que lleva al lector por los vericuetos sorprendentes de lo “étnico” en América Latina, que no se adapta a definiciones esencialistas ni a formalizaciones doctas. Las identidades étnicas necesariamente deben ser contextualizadas en las múltiples sociedades latinoamericanas y responden a un diálogo que empieza tomar una característica nueva, pues ya no se da en el plano de la subordinación sino en el de la revalorización de lo indígena como producto de nuevos posicionamientos tanto en el campo económico como en el político y cultural.

Para el caso ecuatoriano, y en especial para los intelectuales indígenas, la lectura de este libro aportaría a una renovación del discurso identitario, en la medida en que en la política moderna se acude fácilmente a visiones culturalistas y esencialistas que pueden gene-

rar reacciones aislacionistas muy peligrosas para el futuro del movimiento indígena. La mayoría de los estudios presentados en este volumen cuestionan la definición de una identidad substancial que no se ha modificado desde la conquista pues, en realidad, lo que existe son manifestaciones plurales, heterogeneidades antes que homogeneidades. Como bien señala Perla Petrich, la identidad debe entenderse como proceso, lo que significa “adaptaciones, reajustes e incluso cambios definitivos” (p.14). Para el caso ecuatoriano este planteamiento es importante en la medida en que la identidad indígena sobre todo en la Sierra ha sufrido influencias y modificaciones debido a la cercanía del “hinterland” urbano y de la economía de mercado. Esto se puede observar sin necesidad de ser antropólogo en las manifestaciones diversas de la cultura juvenil de las comunidades indígenas, un tema poco analizado pero fundamental para entender qué significa ser indio en el siglo XXI.

Luciano Martínez Valle
Profesor –Investigador de FLACSO